

*«Las fuerzas que cambian la historia  
son las mismas que cambian el corazón del hombre»*

**Comité Técnico Operativo de AVSI – Milán (12-16 de diciembre de 2011)**

**Apuntes de la Asamblea con Julián Carrón**

**Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación**

Si yo estuviera en vuestro lugar, ¿qué es lo que más me urgiría? Preguntarme: ¿qué construyo? ¿Qué queda de esas cantidades ingentes de recursos, energías y generosidad que invertís en los países donde trabajáis? No lo digo pensando solamente en los que se benefician de vuestras obras sino, en primer lugar, en vosotros. Porque si alguien, después de haber gastado su tiempo, su vida, su energía y su corazón durante largos años, no ve crecer nada, no puede quedarse indiferente. ¿Acaso podría seguir adelante como si no pasara nada? Es fácil que se genere en él un escepticismo y que esto le lleve a preguntarse: «Pero, vamos a ver, ¿qué estoy haciendo?». Os pregunto: ¿tenéis el coraje de verificar si lo que estáis haciendo sirve, para vosotros y para los demás, o no? Con todas las energías que gastáis en tantos países distintos, ¿vuestro intento es simplemente uno entre otros? ¿Se ha generado realmente un mayor desarrollo o los que vais a ayudar se encuentran en una situación de subdesarrollo aún peor que antes, porque no han aprendido a ser protagonistas ellos mismos y necesitan cada vez más las migajas que les lleváis vosotros?

En mi opinión, estas son las cuestiones decisivas para vuestro trabajo, por qué si no hablar de desarrollo, de amor al otro y de caridad hacia el otro, sería muy poco interesante. Sería una tomadura de pelo, porque no lograría generar un sujeto capaz de responder en primera persona a sus necesidades y de afrontar la vida de forma responsable (no ser simplemente una persona que recibe limosna). Si no sois capaces de generar un sujeto que pueda ser cada vez más él mismo, de manera que pueda responder a sus necesidades, me pregunto si no sería mejor volver a casa – según el dicho: “Mucho ayuda quien poco estorba” –, porque de alguna manera estáis entreteniéndolo a las personas, en lugar de ayudarlas a desarrollarse. El verdadero desarrollo de las personas, lo queráis o no, va unido a vuestro modo de obrar. Con el tiempo, esto no puede dejar de incidir tanto en vosotros mismos como en la posibilidad de un desarrollo real.

Entonces, ¿por qué es clave la cuestión del sujeto? Porque si todos vuestros intentos no llegan a generar un sujeto cada vez más capaz de ser él mismo, es decir, de ser adulto, lleváis a las personas a depender cada vez más de vosotros, y cuando los recursos económicos se acaben – la crisis actual no puede dejar de afectar también en este ámbito – ya no sabréis qué hacer. Y en esta situación, ¿qué haréis?

Sorprende ver – vosotros lo comprobáis mucho más que yo – qué es lo que producen tantas organizaciones internacionales que disponen de ingentes recursos económicos y organizativos.

Mi primer contacto con vuestro trabajo – es allí donde estos pensamientos empezaron a rondarme en la cabeza – fue en Salvador de Bahía, cuando supe que el Banco Mundial, que no es una obra caritativa y que cuenta con un mucho más dinero y muchos más

medios y más capacidad de hacer proyectos de la que podéis tener vosotros, mostraba su sorpresa al comprobar que era posible, llevando a cabo un proyecto, hacer emerger un sujeto capaz de implicar a los habitantes en el proceso de su liberación, de su desarrollo. Y ha sido una de las alegrías mayores de mi vida encontrar en Salvador de Bahía algunos miembros de la teología de la liberación y podérselo comentar; porque ellos no son capaces de generar un sujeto que trabaje para su propia liberación, y por lo tanto sólo crecen personas cada vez más dependientes. Entonces, el hecho de que hasta el Banco Mundial haya reconocido que en vuestra obra, en vuestro modo de trabajar, esto se da, significa que generar un sujeto es posible y que cada uno de vosotros puede dar su contribución en este sentido. ¿Por qué se sorprende el Banco Mundial? Porque comprende muy bien el reto que tenemos delante: si no se logra hacer emerger el sujeto de un cambio, no hay nada que hacer; podemos responder a una necesidad u otra, pero no lograremos ofrecer una ayuda real, verdadera, significativa, que se mantenga en el tiempo, que tenga una cierta permanencia. Podéis contentaros con llevar las migajas a esta gente – que ya es más generoso que quedarse en casa, cómodos y calentitos –, pero no podéis haceros la ilusión de que con esto resolvéis el problema.

Si no planteamos, en términos reales y objetivos, cuál es el reto que tenemos delante, es decir, que queremos de verdad ser una ayuda para las personas, no avanzamos. El problema es si lo que hacemos, en cualquier campo – en una ONG, en misión o en las órdenes religiosas, o en Milán (porque aquí tenemos el mismo problema con un colegio, con una obra o con una empresa) –, es capaz de generar un sujeto que pueda asumir los desafíos de la vida sin desorientarse ante la primera dificultad. Este es un problema que tenemos todos. ¿Tenemos el valor de mirarlo de frente y de aceptar las preguntas que implica? Sólo si tenemos este valor podemos mirar la realidad; de lo contrario tenemos que convencernos que las cosas se arreglan solas y están bien así, para justificar nuestras actividades.

Cuando era director de un colegio, les decía siempre a mis profesores: «A un chico que llega aquí, a nuestro colegio, en determinadas condiciones familiares, sociales, económicas – llega así, no es culpa suya ni nuestra – ¿puede pasarle algo significativo en estos cuatro años o no?». Todos levantaban las barricadas ante esta provocación a dar un juicio sobre el resultado de los cuatro años de estudio de los chicos. No hay nada de lo que nos defendamos más que del juicio, porque juzgar significa poder decir qué ha pasado, qué es lo que veo, cuáles son los indicios que tengo para decir que ha pasado algo significativo después de cuatro años trabajando diariamente en una obra determinada. Es importante no olvidar la dimensión del tiempo y las etapas de crecimiento, pero es decisivo juzgar el planteamiento, que es algo que no depende tanto del tiempo sino de si es adecuado o no. Porque, si tomamos el camino equivocado, aunque sigamos avanzando dos mil años, no crecerá nada, y a lo mejor otros, en menos tiempo, harán que algo crezca. Es igual a lo que puede pasar en dos praderas: en la del vecino crece la hierba, y en la nuestra, que está al lado, no crece nada. No es problema de la pradera, sino de lo que se siembra, porque las dos cuentan con las mismas condiciones.

Para poder mirar así, con esta libertad, para poder cambiar lo que hay que cambiar, hace falta partir de algo previo. Por ello, insisto en todas las ocasiones en el episodio del Evangelio cuando Jesús dice a sus discípulos, que volvían exultantes por sus logros misioneros: «No os alegréis por los milagros que habéis hecho, alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en el cielo, alegraos porque habéis sido elegidos». Sólo la conciencia de apoyarnos en tierra firme, sobre una experiencia de “plenitud”, sobre algo tan bueno como es haber sido elegidos por Dios, puede permitirnos mirar de frente las cosas, y cambiar lo que es preciso cambiar; todos nuestros intentos son

siempre “intentos irónicos”. ¿Por qué podemos no tener miedo de juzgar si hay algo que no va? Porque, en el fondo, no dependemos del éxito: queremos servir a Otro, no nos dedicamos a una obra para llenar un vacío existencial, la falta de satisfacción que tenemos. Muchos de nosotros partieron gracias a la experiencia de plenitud que tenían, apoyados sobre algo “pleno”, tanto que querían compartir con los demás lo que habían encontrado. Y esto nos hace libres a la hora de mirar lo que no va, para corregirlo, para responder mejor a las urgencias que tenemos delante, de manera que podamos ayudar de verdad a las personas que queremos, porque vivimos en contacto con ellas. Porque, lo queráis o no, al vivir en los países más pobres, en contacto con esas personas, crece vuestro afecto a ellas.

Este es el nudo gordiano. Ayudémonos a esto: a ver si existe en la historia algo capaz de generar lo que el cristianismo llama “una criatura nueva”, un sujeto distinto que pueda vivir como un verdadero hombre, a la altura de su humanidad.

*Stefania: Si tuviera que sintetizar el trabajo realizado en Ecuador en estos años, lo expresaría así: he visto con mis ojos crecer a las personas que trabajan con nosotros – en los proyectos de AVSI y CESAL –, y luego extenderse este crecimiento también a los beneficiarios, pero en primer lugar a los que trabajan con nosotros. He podido asistir a este descubrimiento de sí mismo a través del trabajo; gente que ha descubierto sus aspiraciones, que ha cambiado sus imágenes de futuro, en las que ha nacido el deseo de estudiar y la capacidad de mirar ciertas heridas que habían permanecido ocultas, y me refiero a situaciones realmente dramáticas. Todo ello me ha permitido ver crecer un sujeto, tal como lo acabamos de definir: responsabilidad y competencia en el propio trabajo. Esto es lo primero. Luego, pensando un poco más en mi trabajo, he visto que en estos últimos años yo he partido de lo que iba encontrando. Nosotros repetimos a menudo que “compartimos las necesidades para compartir el sentido de la vida”, y yo tenía que partir del sentido de la vida que he encontrado, es decir, Cristo, que es quien más me ha satisfecho. Estos años han supuesto para mí descubrir de nuevo a Cristo gracias al trabajo que realizo, ha sido una aventura continua a partir de la gente que iba encontrando.*

*Hace dos semanas me pasó una cosa que quiero contar. Llevaba un tiempo sin acudir a los barrios donde trabajamos, y volver a encontrarme con ciertas situaciones dramáticas de personas muy queridas por nosotros me ha provocado, me ha vuelto a poner en marcha, en el sentido de que he vuelto a experimentar la conmoción por el destino del otro (que con el tiempo había dado un poco por supuesto) exactamente como al comienzo, hace siete años. Cuando llegué allí, no daba por supuesto el hecho de que el camino del otro es realmente misterioso (es realmente un misterio como Dios quiere atraer a otro hacia sí, a través de muchos dramas). Estaba pensando que sin esta conmoción por el destino del otro no hay educación, no se da un camino educativo, y por lo tanto no hay un crecimiento del sujeto ni un verdadero desarrollo. Se me hizo patente en este tiempo. Mi pregunta es – porque yo te conozco desde hace años y veo tu capacidad de educar, de conmoverte de verdad por el destino del otro y de apostar por su libertad, y lo percibo como decisivo para mí en primer lugar y también para las personas que acompañamos, para mi historia y para la del mundo –: ¿qué significa educar?*

Te agradezco tu intervención porque plantea una de las cosas que más me apremian. Creo que muchas de nuestras dificultades tienen su origen precisamente en lo que acabas de preguntar. ¿Qué hace falta para educar? Una mirada hacia el yo de otros, una mirada hacia la humanidad del otro. Y esto, muchas veces, lo podemos dar por

descontado; más aún, a menudo nosotros miramos al otro con una mirada que impide radicalmente que emerja su verdad, su humanidad. Una mirada así bloquea cualquier clase de desarrollo. En una de mis visitas a nuestras comunidades en África tuve casi que convencer a nuestros amigos africanos de que tenían todo lo que necesitaban para ser hombres: ¡tenían el corazón! La mirada reducida que podemos tener sobre ellos les induce a mirarse como les miramos nosotros. Hablo de ellos, pero es lo mismo que les sucede a muchos hijos con sus padres, o a los estudiantes con sus profesores. Este ejemplo me llamó mucho la atención. No puede haber desarrollo sin reconocer que el otro tiene en sí mismo el instrumento adecuado para recibir nuestra propuesta, es decir, tiene, en lenguaje bíblico, el “corazón”. Sería extremadamente grave si no lo reconociéramos, por lo menos teóricamente. Pero muchas veces, en la práctica, en nuestra manera de estar ante ellos, no partimos de este dato. Y esto no sucede sólo en los países más pobres, sino también aquí; encontrar a alguien que dirige su propuesta al corazón de otro, a la libertad del otro, ¡es realmente casi un milagro!

Este es el punto de partida. Aunque no nos demos cuenta, nosotros nunca somos neutrales a la hora de mirar al otro; cualquier mirada conlleva un juicio sobre el otro, cualquier mirada conlleva una cierta percepción del otro. El otro es alguien que, *by default*, tiene, por naturaleza, todos los instrumentos para ser él mismo, y hace falta apelar a este instrumento, a este *detector* que él tiene que utilizar para reconocer si una propuesta es verdadera. Sin esto no cabe la posibilidad de educar. Podemos llevar a cabo muchas iniciativas, pero si no tenemos estima por el corazón del otro, no lograremos tocar el origen mismo del yo. Por eso repito incansablemente una frase del Papa que es decisiva para mí: «¿Pero qué es lo que puede mover en lo íntimo al hombre?». Porque si no logramos mover en lo íntimo al hombre, no podremos despertar todo el dinamismo propio del yo; sin embargo, es necesario provocarlo, estimularlo para que se desarrolle, para que salga a flote toda su potencialidad. En realidad, esto es justo lo que vino a hacer Cristo.

¿Pero cuál es el obstáculo? ¿En qué se ve que no apostáis por esto, o que no estáis tan convencidos como parece? Os pongo un ejemplo: «No podemos plantearles “esta propuesta” porque ellos son “así”, tenemos que adaptarla, actualizarla...». A lo mejor lo decís con buena intención, pero en realidad es una tomadura de pelo, porque significa que los miráis como si fueran incapaces de reconocer la verdad de lo que le proponéis. Os parece que actuáis con caridad, pero es una tomadura de pelo, que empieza por la mirada que tenéis sobre las personas. No le reconocemos al otro la capacidad de responder a lo que le proponemos porque no reconocemos que tiene un corazón como el nuestro. Teóricamente sí, ¡faltaría más! Pero luego, en la práctica, pensamos que éste es de esa nacionalidad, el otro tiene esa dificultad, el otro es demasiado ignorante, etc. En el pasado, esta clase de razonamientos ha supuesto que, para poder recibir la propuesta cristiana, hicieran falta unas condiciones que la mayoría de la gente no tenía, que para llegar a plantear la propuesta cristiana hiciera falta un largo camino de aproximación, de preparación; y puesto que nunca se llegaba al final de esta preparación, nunca se hacía la propuesta. Por consiguiente, no se ha generado un sujeto, no se ha despertado a la persona, porque la persona no se mueve cuando recibe unas migajas, se mueve sólo si la propuesta que se le hace interesa mínimamente a su corazón. Las personas que encontráis por el mundo no son tontas. Y si no le hacéis una propuesta a la altura de su deseo, no movéis nada, como mucho os quedáis en la superficie. Así es imposible generar un sujeto. ¿Por qué? Porque pensáis que las personas a las que dirigís vuestra propuesta, cualquier clase de propuesta, no son aptas para recibirla. Entonces, gastáis vuestras energías para “adaptar” la propuesta.

Esta actitud es la que el Evangelio y don Giussani han liquidado. Jesús no hizo un curso de pre-catecumenado con Juan y Andrés antes de encontrarse con ellos. ¡Simplemente salió a su encuentro! Y el hecho de que ellos le reconocieran significa que tenían todo lo que era necesario para reconocerlo. Y punto. Hace falta un hombre y Cristo, ¡basta! Todo lo demás son complicaciones nuestras, porque no creemos en lo que es el corazón del hombre: todos los hombres lo tienen, no se lo hemos dado en préstamo nosotros, ¡lo tienen! Cada hombre, gracias a Dios, tiene un corazón por el hecho de haber sido creado (si crear el corazón dependiera de nosotros, lo haríamos de forma un tanto distinta y, gracias a Dios, no es así). Por lo tanto, todos pueden recibir la propuesta cristiana. Sin esto no hay educación. Hay entretenimiento, distracción, hasta que las personas se cansan o encuentran algo mejor que hacer, más interesante. Lo mismo sucede en muchas parroquias del mundo, donde se entretiene a los niños con muchas actividades hasta que un día dicen: «Tengo dieciocho años, tengo recursos, capacidad e ingenio para buscar otra cosa... Gracias, y adiós». ¿Qué hace falta, en cambio, para educar, para provocar hasta el fondo la libertad del otro? Reconocer que el otro tiene todo lo que necesita para estar ante la realidad, sin etapas intermedias inútiles. ¿De verdad pensáis que para reconocer un gesto verdadero de caridad o de amistad las personas que encontráis en todo el mundo necesitan alguna preparación previa? ¿No lo reconocen en seguida? ¿No reconocemos en seguida cuando alguien tiene un gesto verdadero hacia nosotros, que se impone como un bien con una evidencia solar? Vaya si lo reconocemos, y con la misma evidencia reconocemos cuando alguien nos trata mal. No necesitamos ser licenciados en Derecho para reconocer cuando alguien nos trata mal. Lo reconocemos inmediatamente. Significa que tenemos todo lo que necesitamos para reconocerlo.

Para demostrarlo, a veces he tenido que hacer el recorrido inverso, como hace dos años en Kenia: «El hecho de que hayáis encontrado a Cristo y que hayáis podido reconocerlo significa que el corazón lo tenéis. Liberaos de esa mirada que muchas veces tenéis sobre vosotros mismos y que os impide reconocer lo que tenéis. Porque esta es vuestra gran dignidad: tenéis corazón». Devolver a las personas lo que tienen es el primer paso de un verdadero desarrollo, porque – como hemos oído muchas veces – el yo se descubre en un encuentro. Por ello, el Señor hace que nos enamoremos: porque es el modo más simple para que emerjan todos los factores constitutivos de nuestro yo. Y el enamoramiento es un pálido reflejo del gran encuentro que es el encuentro con Cristo, porque nadie como Él es capaz de sacar a la luz todos los factores constitutivos del yo: sólo lo divino es capaz de salvar lo humano, todos los factores de lo humano.

Entonces, si queremos realmente contribuir a salvar la humanidad de nuestros amigos, en cualquier lugar del mundo, o les llevamos esta mirada, o todo será inútil. No se dará una educación verdadera, sino un entretenimiento, una distracción, un llenar la vida de actividades que no dejan huella. ¿Lo veis? Cualquier punto que toquemos es como la punta de un iceberg que implica toda una concepción de la vida: cada mirada – como nos enseñó don Giussani –, cada gesto, implica la totalidad, y en nuestra manera de mirar está implicada toda nuestra concepción de la realidad, del mundo, de todo, porque nada es, en última instancia, neutral. Lo digo porque, además de aclarar la cuestión, supone una liberación para vosotros, porque no tenéis que generar vosotros las personas: reciben de Dios su dignidad. Vuestra contribución es vivir con ellas de manera que puedan ver que su yo se despierta. Y para esto no basta un proyecto. El yo se despierta sólo delante de un tú. Es elemental: el yo no se despierta porque le construyas una casa, el yo se despierta delante de un tú. Esto puede pasar también por el hecho de que le construyas una casa, pero sólo si pasa por la mirada que tienes construyéndola. Pero si seguís construyendo casas sin mirarles con verdad, sin

concederles ni siquiera un minuto de estima humana (por decirlo con palabras de Pavese), entonces caéis en una contradicción que os impide generar. Cuando nos tratan así a nosotros, ¿acaso nos interesa lo que nos proponen? Evidentemente no. El problema de la educación está todo aquí. A menudo no nos damos cuenta de cuántas cosas damos por supuestas, de cuántos prejuicios tenemos a la hora de mirar al otro. Pero, si después de tantos esfuerzos, al final no veis florecer a las personas, ¿cómo podéis seguir con vuestro trabajo? Os convertiréis en escépticos. Lo digo pensando en cualquier persona que trabaja en el ámbito de la educación: si después de haber dado su tiempo y su energía tratando de educar a una generación, al final uno no ve florecer nada, no puede seguir adelante como si no pasara nada. Inevitablemente se le colará un escepticismo: «Aquí no hay nada que hacer». ¿Es verdad que no hay nada que hacer o más bien debo interrogarme sobre cómo están las cosas? Necesitamos esta libertad de los hijos de Dios para que, sin depender del éxito, podamos mirar a la cara estas cuestiones; de lo contrario, el problema no es que no logremos ayudar a los demás, sino que nos volvemos escépticos nosotros, porque nos convencemos de que no hay nada que pueda cambiar en nosotros y en los demás. Y esto es peor que no tener un techo donde cobijarse.

***Kristin:** Quería decir algunas cosas. La primera se refiere al desafío que me lanzaste cuando te vi en junio en Nueva York, durante unas vacaciones: «Dentro de un año ya me dirás cómo va la cosa». No ha pasado un año, pero estoy contenta de tener esta oportunidad de hablarte. Llevo seis meses trabajando para AVSI en Washington, en una pequeña oficina con tres personas. Nunca he estado en África, América Latina u otros lugares donde se desarrollan nuestros proyectos. A menudo la gente me pregunta: «Bueno, ¿cuándo te irás de viaje?, ¿cuándo irás a ver a estos niños pobres que ayudas?». Entonces, yo me pregunto: ¿por qué he aceptado este trabajo, por qué hago lo que hago? Cuando conocí a los misioneros de pequeña, pensaba: «Estos no son presuntuosos, no dicen a las personas: “yo sé mejor que tú qué es la vida”». No busqué obsesivamente trabajar en AVSI, pero ahora, reflexionando sobre mi experiencia, veo dos motivos. Primero: estoy segura de que este trabajo es mi sitio, es decir, que alguien me ha llamado en este puesto. Esto me resultó patente cuando hablé contigo, porque acababa de empezar a trabajar y llevaba allí tan sólo tres semanas. Entonces, seguía teniendo la duda de si se cumpliría en este puesto de trabajo todo lo que deseaba mientras buscaba empleo. Tú me dijiste: «Ahora acabas de empezar un camino, dentro de un año veremos lo que pasa». Lo que se me hizo patente es que tenía a mi lado una persona que miraba y miraba el misterio de lo que Dios estaba haciendo conmigo, sin tratar de decirme cuál era mi camino, sino renovando la certeza de que yo tenía un puesto en el mundo. Ante una persona que me mira con esta certeza, yo me lanzo, tengo el coraje de afrontar cualquier circunstancia. Segundo: mirando ahora los meses que han pasado, puedo notar ya un cambio en mí. Trabajo todo el día para tratar de comunicar al mundo que en la raíz del desarrollo está a la persona. Esto ha cambiado mi manera de mirar a las chicas con las que vivo (vivo en un piso con otras personas) y mi manera de relacionarme, porque en Washington se celebran muchos congresos y conferencias para las personas que trabajan en las ONG y muchas veces no comulgo con su mentalidad, por lo cual no espero nada de ellas. Ahora, sigue siendo así, yo voy, me doy cuenta de que tengo este prejuicio sobre las personas, pero cuanto más descubro que Alguien me llama a la existencia y a ocupar mi lugar en el mundo, tanto más cambia mi manera de estar con estas personas. Incluso cuando me doy cuenta de que me equivoco, de que tengo un prejuicio, sigo adelante, porque en la vida diaria, con mis amigos en la oficina y con mis colegas, me doy cuenta de que soy perdonada.*

*Cuando me equivoco, cada vez más quiero ser corregida, porque estando en esa circunstancia fatigosa del trabajo yo puedo crecer, y así, poco a poco, se me hace más fácil relacionarme con todas las demás personas. No sólo quiero hacer bien mi trabajo, sino también comunicar a todos esa manera de mirar y trabajar, porque no es sólo en Kenia, donde trabajamos para la formación profesional, en donde no se entiende el sentido del trabajo, tampoco mis amigos entienden el sentido de su trabajo. Este drama existe en todos los lugares. He entendido que todo depende de mi crecimiento, el cambio empieza en mí y va extendiéndose a otros; no depende del lugar donde uno se encuentra, sino del hecho de sentirse llamados a responder en un determinado puesto y de permanecer fieles a ello.*

**Phaubert:** *Es un honor para mí estar aquí y escuchar con interés para aprender de las experiencias de los demás. Desde 2009 formo parte del equipo de AVSI en Haití y allí me han “iniciado” en la filosofía de AVSI. Justo después de esta iniciación, debido a una circunstancia a la que no estaba acostumbrado – no cuento con detalle lo que pasó en enero del 2010, creo que todos lo conocéis –, vivir la situación después del terremoto ha sido algo muy difícil. Lo que quizás me infundió algo de coraje fue ver el ímpetu con el que la persona responsable de AVSI en Haití se implicó para hacer frente a la situación. Su casa, por ejemplo, se transformó en oficina, cosa a la que los haitianos no estábamos acostumbrados; no se nos habría ocurrido esta posible solución. Esto me permitió ver y entender qué es realmente la caridad. En mi primer año con AVSI, mi idea era sólo la de encontrar un trabajo y mejorar mis condiciones de vida, pero después de conocerlos he entendido que se trata de algo más. Ahora entiendo que existe el sentido de la comunidad. Después de un suceso de ese calibre, es difícil para nosotros trabajar con una comunidad que tiene el corazón partido, que ha sufrido mucho, y cuando os oigo hablar de construir catedrales pienso que nosotros tenemos mucho dinero para reconstruir los muros, pero muy pocos recursos para “reconstruir” a las personas. Quiero preguntar cuáles son los instrumentos que podemos utilizar para reconstruir no sólo Haití, sino también a las personas.*

**Gabriele:** *Trabajo en Sudán del Sur. En estos días se ha hablado mucho del “sujeto” del desarrollo, por lo tanto del yo como el verdadero sujeto del cambio. Estoy totalmente de acuerdo, porque para mí el sujeto, mi yo, es la suma de las experiencias que tengo, de mis padres, de mis amigos, y todo esto es la riqueza que puedo llevar a las personas con las que trabajo. Sin embargo, me gustaría que usted desarrollase algo más sobre qué entiende cuando habla de sujeto, qué es lo que lo constituye, qué es lo que lo define. Gracias.*

**Giorgio.** *Trabajo para AVSI en Italia y me encargo de algunos proyectos internacionales. Tengo dos preguntas. La primera: nos encontramos en un contexto cambiante, no sólo con motivo de la cuestión financiera – disminuyen los recursos, etc. –, sino que está cambiando precisamente la idea de la cooperación al desarrollo, y esto nos invita a cada uno a comprender bien qué es lo que tenemos que hacer, y en primer lugar es necesario que yo entienda cada vez más el sentido de lo que hago. Luego, hay una segunda cosa, casi paradójica: a veces es mucho más fácil ver los milagros – llamémoslos así – con las personas implicadas en nuestro proyecto, las que se suelen llamar los “beneficiarios” y, en cambio, resulta difícil ver los milagros que suceden en entre los que trabajan en ese proyecto. En este momento en que se vuelven a mezclar las cartas, en que los primeros que están en juego somos nosotros, entiendo cada vez más que es necesario que cada uno de nosotros dé un paso adelante. Mis dos preguntas*

*se relacionan también con lo que tú decías antes acerca de la mirada que tenemos sobre los demás: entiendo que yo, en primer lugar, tengo que aprender a tener esa mirada sobre mí. Tengo que hacer un trabajo. Un pequeño ejemplo: he descubierto que hacer un trabajo sobre mí mismo significa ser un poco más inteligente a la hora de trabajar; pero este recorrido no es automático, no es inmediato, es realmente un trabajo, hace falta decidirse a hacerlo.*

**Amparito:** *Estoy muy emocionada de poder estar aquí, para mí es realmente un regalo compartir este momento con personas tan grandes. Tengo 42 años y vivo en Quito, en Ecuador. Para mí es una gran emoción, lo repito, estar aquí y haber visto con mis propios ojos todas estas personas que se reúnen aquí por lo mismo que ha cambiado mi vida: un encuentro. Un encuentro con una persona que me miró de una manera distinta a la de los demás, y así hizo que salieran a la luz todas mis capacidades. No me considero una “beneficiaria” de los proyectos de AVSI, sino una persona que se ha beneficiado de un encuentro vivo. Dicho encuentro me ha cambiado, me ha suscitado el deseo de estudiar, de ser mejor, me ha dado la posibilidad de mirarme a mí misma de una manera totalmente distinta. Porque – como decía antes Carrón – a veces uno piensa que es distinto y que no tiene las capacidades que tienen otros, pero cuando alguien le mira como me han mirado a mí – experimenté un amor infinito hacia mi persona, hacia lo que soy –, entonces no puedes no dejar entrar esta mirada dentro de ti, percibes una seguridad que te hace sentir que puedes desarrollarte, que tú también puedes hacer las cosas que hacen otros. En un curso de formación humana, que tenemos todos los lunes, he leído que Cristo es más íntimo a mí misma que yo misma, y también ayer decíamos que estamos aquí para mirarnos de esta manera los unos a los otros, para aprender a acompañar a las personas, porque para que haya desarrollo es necesario que alguien nos mire de esta manera distinta. Esta mirada me cambió, y me cambió a través de un proyecto; si yo no hubiera encontrado esta persona que trabajaba en un proyecto concreto, no habría cambiado, y ahora me siento parte de una gran familia y no me siento inferior a nadie, me siento igual que los demás, aunque sea una afro-ecuatoriana.*

Empecemos por la pregunta de Gabriele: ¿Qué es el sujeto? ¿Qué es lo que le constituye? ¿Qué es lo que le define? El sujeto, por decirlo de manera muy sencilla, es su autoconciencia. Toda la fuerza del sujeto reside en su autoconciencia, depende de la conciencia que tiene de sí mismo, de su valor, de su destino infinito, de su deseo sin límites. No hay nada más importante. Ahora, esta mirada sobre el hombre ¿quién la ha introducido en la historia? Sólo Cristo. Si esto lo comparamos con lo que existía antes que él en las civilizaciones cercanas a Palestina (donde, por ejemplo, según las tradiciones mesopotámicas, los hombres habían sido creados para liberar a los dioses de la necesidad de trabajar), vemos que la revelación cristiana introdujo en la vida una mirada totalmente distinta. Todos lo reconocen: el concepto de persona, definida por su autoconciencia, es el resultado de la revelación cristiana. Además de comparar esta concepción, es decir que toda la potencia del sujeto está en su capacidad de autoconciencia, el problema radica en cómo educar a la persona a tener una conciencia de sí misma de tal manera que pueda asombrarse de su grandeza, pueda reconocer para qué destino de felicidad ha sido creada y que la desproporción estructural que advierte dentro de sí no es una enfermedad, sino más bien la posibilidad de llegar a un nivel de plenitud que nadie en el mundo puede imaginar.

La cuestión fundamental del sujeto estriba totalmente en esta autoconciencia, que podemos definir sencillamente con algunas de las frases de la tradición cristiana; por

ejemplo ésta: «Nos hiciste para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en ti» (San Agustín). Esta desproporción estructural que nos constituye, este deseo de plenitud, de felicidad, que nos constituye, es lo que define al sujeto, porque es la forma en la que el Misterio nos llama a participar en una vida que no tiene comparación posible con ninguna otra cosa. Si no nos damos cuenta del valor real que tiene esta desproporción, creemos que estamos mal hechos, que tenemos un defecto de fabricación; en realidad, estamos hechos para algo que va más allá de cualquier imaginación nuestra. Si no tiene conciencia de esto, el sujeto parte ya derrotado por la mañana, antes de levantarse de la cama, porque tiene una mirada reducida sobre sí mismo, no se da cuenta hasta el fondo de lo que es y, por lo tanto, no puede enfrentarse a la realidad con toda su capacidad, con toda su autoconciencia. Para llegar a esta autoconciencia hace falta tener una compañía, como decía Amparito, hace falta alguien que te mire así: «Me ha cambiado la vida una mirada».

Aquello que introduce el primer cambio, es decir, el primer paso para el verdadero desarrollo, es esta mirada, y el verdadero problema es que si vosotros, a través de lo que hacéis – porque no sois predicadores o gurús, tenéis que responder a las necesidades a través de un proyecto –, lleváis esta mirada, porque sin ella no hay desarrollo. El ejemplo que ponía ella nos hace más conscientes de esto, porque lamentablemente esta conciencia de sí mismo se ha perdido. ¿Quién se mira a sí mismo con esta ternura, con esta capacidad de asombrarse por su grandeza, con esa sencillez? Poquísimos. Nunca como en estos tiempos se ha hablado de la dignidad y de los derechos del hombre, y nunca como hoy el hombre es inseguro y confuso cuando piensa en sí mismo, porque, al no ser mirado así, no se da cuenta de sí mismo hasta el fondo, y por lo tanto no se desarrolla. El origen del desarrollo es precisamente este punto, este es el instrumento decisivo para construir al sujeto, como preguntaba Phaubert de Haití: no el automatismo que sustituya a un encuentro personal, que es lo único que puede despertar al sujeto que somos cada uno de nosotros. No somos la pieza de un mecanismo que basta con poner en marcha desde fuera. Entonces, la cuestión es si vosotros portáis esta mirada. ¿Y cuál es la condición para llevarla? Tenerla, porque nadie puede dar lo que no tiene. Es inevitable que miremos a los demás como nos miramos a nosotros mismos. Muchas veces nos miramos a nosotros mismos sin este asombro, porque prevalece todo lo que no va, todo lo que todavía no funciona, todo lo que nos cuesta y todavía no logramos hacer, lo cual puede ser la pura verdad, pero no puede de ninguna manera ocultar la ontología. Hemos perdido la mirada verdadera sobre la naturaleza del yo, sustituyendo la ontología del yo por lo que uno logra hacer o no logra hacer.

Es el mayor error que podemos cometer, porque si una madre mirara a su hijo por lo que es capaz de hacer y no porque es su hijo, su hijo no crecería. Una mirada así impide que el otro crezca. Por lo tanto, si no os convertís en padres y madres, vuestros beneficiarios no podrán crecer nunca, aunque llevéis a cabo una multitud de proyectos: porque lo que hace crecer al hijo es ser tratado como hijo, ser mirado por un padre y una madre. Sin esto, lo sabemos todos, su desarrollo tendrá grandes limitaciones, porque cuando el niño no recibe ya desde el comienzo lo que necesita para su desarrollo, luego le costará muchísimo crecer, como demuestran todos los conocimientos adquiridos sobre el desarrollo humano. La clave está en que vosotros, justamente por el deseo que tenéis de ayudar a vuestros beneficiarios, estéis dispuestos a hacer un trabajo en primera persona que os permita incrementar esta mirada sobre vosotros mismos para poder, luego, llevarla a los demás.

Es una decisión que le compete a cada uno de vosotros. Me sorprende siempre que los padres no puedan dejar de conmovirse delante de sus hijos. Y muchas veces es delante de un hijo cuando sienten todo el drama de su incapacidad para responder a sus

necesidades. Lo han traído al mundo y se encuentran ante alguien – lo reconocen con toda la pasión de un padre y una madre – que tiene un deseo de felicidad al que ellos no pueden responder. Y cuanto más le miran más se dan cuenta de esto, y por esto muchas veces lo llegan a bautizar. A lo mejor ellos no creen, no quieren saber nada, pero no pueden dejar de desear algo bueno para su hijo.

Quizá vosotros, a veces – como todos –, os desinteresáis de vosotros mismos, como los padres con su propia vida, pero esa pasión que os ha llevado a dar la vida por el bien de los demás, obtiene su mayor beneficio en encender en vosotros el deseo de ser vosotros mismos, para poder así responder a las necesidades que veis en los demás. A veces es esto lo que vuelve a poner en marcha a los padres: el niño que nace. Ningún discurso, ninguna homilía, ninguna amenaza puede ponerlos en marcha más que los hijos de sus entrañas.

Os deseo que el beneficio que recibís de vuestros beneficiarios sea éste: que, al percibir la ternura con que los miráis y al ver todos los sacrificios que hacéis por ellos, crezca en vosotros una pasión por su destino que os lleve a decir: «Si no les miro de otra manera, no llegaré a quererles bien». Y esto rescatará en vosotros una estima por vosotros mismos, hasta el punto de provocar en vosotros un trabajo, porque conscientes o no, nosotros llevamos a otros solamente lo que somos. Este es el trabajo que tenemos que hacer, antes que cualquier otro. Después, uno que está disponible a este trabajo sobre sí mismo, está disponible también a todo lo demás, a la fatiga, a los proyectos, a todo. La verdadera dificultad es cómo amar al otro hasta el fondo, cómo amarlo por su verdad, por su destino.

Podemos generar un sujeto sólo si nosotros hemos sido generados y aceptamos ser generados continuamente. Nadie genera si no es generado. Creo que este es el desafío que estamos llamados a asumir todos los que participamos en una obra educativa – la vuestra de un modo, la mía de otro –. Si nos dejamos generar, todo lo demás será una consecuencia. Es lo que os deseo y lo que deseo para todos vuestros amigos. Muchas gracias.